Herrera: el nacionalismo agrario

Carlos Real de Azúa





URUGUAYA

Herrera: el nacionalismo agrario

Carlos Real de Azúa



Es afirmación común la de que la bala que en Masoller cortó la vida de Aparicio Saravia y puso abrupto fin a la guerra civil representó el cierre de todo un período de nuestra historia. Sea. Pero debe observarse también que clausuró otro ciclo, aunque éste mucho más breve, y más reanudable. Es el del esfuerzo de organización y dinamización política del nacionalismo, que marcaron la fundación de clubes durante el "unicato" y la "oligarquía" de Julio Herrera y Obes e Idiarte Borda, la aparición de "El Nacional", en julio de 1895 y tuvo su ápice en el legendario "grito de Cañada Brava", en el Pablo Paes, el 27 de agosto de 1896. Muerto el caudillo, bajas las armas, de nuevo la vasta, aún amorfa masa blanca parecía estar a fojas cero, si se habla en términos concretos de efectividad, por más que no significaran poco los dos formidables esfuerzos de 1897 y 1904 y su implícito testimonio de que —usando las viejas palabras del siglo XIX— la mitad del país no podía tener en eterna proscripción a la otra mitad. En términos concretos, inmediatos, parece claro que la política presidencial no promovió en nada la reconciliación con los contingentes nacionalistas, su incorporación al nuevo, consolidado orden civil de la República. La evidencia de la índole casual de la victoria, el recuerdo de los opresivos temores vividos no fueron buenos consejeros y las actitudes recelosas de Batlle, las múltiples formas con que supo hacer pesar la dura ley del vencedor, la ostensible carencia de magnimidad de toda su conducta pudieron ser arbitrios destinados a dar el golpe de gracia: sólo oficiaron de estímulos para que el bando derrotado reafirmase los coligantes que le unían, acrecentase, con las muestras del nuevo trato, el cincuentenario capital de agravios que lo había activado.

Con todo, la situación que apareció planteada tras la Paz de Aceguá (setiembre de 1904) era lo suficientemente compleja como para que nada semejante a un planteo político concorde el nacionalismo pudiese alcanzar.

Una década, o casi, de la historia del Partido Nacional estuvo dominada, así, por la pugna entre "radicales" y "conservadores". Como los términos no son en modo alguno inequívocos, hay que precisar que el grupo de los "radicales" (Martín Aguirre fue su figura más conspicua) entendió que no debía cejarse en los esfuerzos por vencer en el plano militar al partido adversario. El azar que decidió el final de la guerra civil de 1904 no les parecía lo suficientemente convincente para desechar el planteo operativo tradicional ni de Batlle salía en verdad (ya se dijo) ningún gesto de conciliación, ninguna actitud que invitara a apearse de él. Lo que querían conservar los "conservadores" (un punto que siempre conviene indagar) no resulta demasiado evidente: si en términos de logros políticos se habla, nada resultaba, en verdad, digno de mayor apego. Más seguro se hace entonces pensar —y los textos de la época permiten la inferencia— que obró en ellos tanto la convicción de que los tiempos de la revuelta armada habían pasado como el peso de la responsabilidad de intereses económicos y sociales que no podían —ya— estar expuestos a ella. Con efecto retardado y sin deserción de la línea, algo de los móviles de Acevedo Díaz y sus "calepinos" de 1903 quedaba, por esta vía, validado.

Entendido así el dilema, no resulta entonces contradictorio que en el núcleo "conservador", al que el colapso del breve levantamiento de 1910 daría razones definitivas, hayan militado, junto a Luis Alberto de Herrera, (que iniciaría en él su fulgurante marcha hacia el liderato) quienes, como Juan Andrés Ramírez y Martín C. Martínez formarían no mucho tiempo después en el sector de sus rivales. Ex-constitucionalistas, últimos de los incorporados al partido blanco a nivel de su gran plana mayor, ministro de Batlle el segundo, fue una sesuda reflexión ideológico-social, y no ningún reflejo tradicional, o emotivo, lo que determinó su gesto

Tramontando la cuesta

Herrera, soldado de la revolución del 97, en el primer acto de entrega a una militancia sin pausas.

Fallado quedó así, en lo sustancial, desde principios de la segunda década, el pleito de "conservadores" y "radicales", aunque sus ecos se prolonguen algunos años más y se vierta en las complicadas pugnas de personas y camarillas que tuvieron su teatro después en las tres piezas centrales —Directorio, Convención, Congreso Elector— que por entonces comportaba la laxa organización partidaria blanca.

En lo sustancial, la trayectoria nacionalista entre 1905 y 1917 puede fijarse ahora y es bastante simple, ya que estuvo marcada por el esfuerzo constante por hacerse un lugar en la estructura política del país, por recuperar, si era posible acrecentado, lo que en la "política de coparticipación" de fin de siglo había disfrutado. Claro que ahora se imponía otra dirección —la intransigencia de Batlle no daba alternativa— y esa dirección llevó a lograr los instrumentos legales que le aseguraran la justa representación de una fuerza numérica que jamás los hechos habían permitido pesar en toda su entidad.

Se explica entonces que tal propósito se desplegara en dos labores dominantes sobre cualesquiera otras. La primera estuvo representada por un trabajo de organización partidaria que fuera capaz de movilizar en todo el país a la opinión política de signo blanco, lo que implicaba, para emplear términos actuales, la sustitución de un partido urbano, de "cuadros", de "notables" por un partido nacional de "masas", ciudadano y rural, en actividad permanente.

Tenido en cuenta el vínculo emocional-tradicional que nucleaba esa opinión y el sumario esquema ideológico en que se apoyaba, tal premisa no podía tener otro corolario que el ascenso de algún liderazgo personal —ahora político, civil— que sustituyera el desaparecido y al parecer irrepetible de Aparicio Saravia. La carrera política de Luis Alberto de Herrera (a la que se hará especial referencia), su ascenso a la dirección del partido encuentra su sitio en este proceso.

La segunda de aquellas labores consistió en la pugna por los instrumentos legales que cancelaran la situación de infrarrepresentación de la opinión blanca, víctima desde hacía cuarenta años de una constelación de disposiciones y de prácticas enderezadas, no sólo a mantenerla alejada del poder sino aún a reducir drásticamente todas sus expresiones. La historia de la lucha por la representación proporcional, por el voto secreto, por la autonomía municipal, por la inscripción obligatoria (más tarde por el Registro Cívico permanente y una justicia electoral autónoma) no es una historia simple, ni menos lineal y progresiva. Gruesas regresiones la marcaron, desde el principio al fin. Y sólo son sus episodios más conocidos la "ley del mal tercio" de 1907, la de "las treinta y tres bancas" a principios de 1917 (las dos, en un sistema electoral de mayoría y minoría eran arbitrios para sobrerrepresentar al partido oficial a expensas del opositor), el manifiesto de los legisladores colorados de 1916 contra el voto secreto, el famoso "proyecto Buero-Martínez Thedy". Los resultados de la elección del 30 de julio de ese año hicieron posible el pacto que comenzó rechazando casi frontalmente la opinión blanca y en cuya defensa Herrera mostraría los que habían de ser trazos invariables de su estilo de acción pública: pragmatismo, inesperados giros, sentido de la oportunidad, con-

ciencia (tal vez excesiva) de la ambigüedad básica de toda situación y toda decisión políticas. El trueque de las aspiraciones referidas por un colegiado más digestible que el de los "apuntes" de Batlle de 1913 (un partido opositor debía vencer, según ellos por cinco veces para convertirse en gobierno), ese trueque, decía, concretado en la carta constitucional de 1917 abrió un nuevo período en la vida del país que va a permanecer sin grandes alteraciones hasta la gran crisis de 1933.

El "caudillo", los "doctores", los "populismos", las "disidencias" representan las claves maestras de una estructura que por mucho tiempo se mostraría estable.

Sobre el "caudillo", como ya se decía, se volverá más adelante.

Los doctores blancos

Los "doctores" blancos, hasta que al filo del medio siglo los raleó la muerte, constituyeron —puedan gustar o no— uno de los equipos políticamente más coherentes que tuvo el país. Comparativamente hablando, su grado de capacidad política y administrativa aparece alto y considerable su caudal de cultura, en especial la jurídica y la económica. También, sin perjuicio de su frecuente trabazón con "los grandes intereses" y de una muy exitosa gestión privada, lucen, a la distancia, como un lote humano de alto índice de decoro, sobriedad de vida y devoción a la cosa pública. Este juicio colectivo que soporta en cada caso, como es lógico, sensibles atenuaciones o aún subrayados, no es completo. Beneficiados casi todos ellos con una singular longevidad —es con los años que normalmente se accede al procerato— no se ve siempre en los comienzos de su militancia política (ya se mencionaron los dos casos más conspicuos de esta ausencia pero también el principio admite excepciones) el fervor partidario irrestricto que tan abundante fue a otros niveles de la comunidad blanca. Más bien fue una ideología —políticamente liberal, socialmente conservadora y aún ultraconservadora— la que les congregó frente a la acción de Batlle, cuya réplica incansable, mordiente, dieron. Descendientes de los legendarios "peluçones" de los tímidos Directorios de las últimas décadas del XIX, fue esencialmente ese lazo el que unió a Alfredo Vázquez Acevedo (1844-1823), a Aureliano Rodríguez Larreta (1849-1923), a Carlos Antonio Berro (1853-1930), a Duvimioso Terra (1856-1930), a Martín Martínez (1859-1946), a Alfonso Lamas (1867-1955), a Arturo Lussich (1872-1966), a Juan Andrés Ramírez (1875-1963), tal vez el más característico de todos. Distintos en varios aspectos, formados bajo otros meteoros políticos, protegidos algunos y descendientes otros de figuras del lote anterior, fueron los "doctores" que siguieron: Leonel Aguirre (1876-1948), Alfredo García Morales (1881-1947), Wáshington Beltrán (1884-1920), Eduardo Rodríguez Larreta (1888), Gustavo Gallinal (1889-1951). Algunas penosas parodias posteriores (por si faltaran otras pruebas) certifican de sobra que todo el equipo —los dos equipos— ya pueden verse a la luz de la historia.

Tal vez en ningún núcleo de hombres de nuestro pasado fue tan viva la conciencia de clase, tan metódicos, seguros sus reflejos. Portavoces de la gran (o alta) burguesía, de la que constituyeron el perfilado sector doctoral, no es, de seguro,



Del vencido de 1865, de un legado de frustración, del padre. Juan José de Herrera (1832-1898): un desafío a la victoria en el umbral de la vida.

en la fortuna agropecuaria que están sus raíces económicas sino en el capital bancario, prestamista y comercial, en el alto, costoso servicio de gestión jurídica, en el asesoramiento de la empresa extranjera. Lo anterior, no excluye, claro está, el lote de pobres que toda elite coopta, casi siempre por criterios adscriptivos de origen familiar, o razones de competencia personal o de identidad de comportamientos. Dentro de lo que sería la definición ideológica, flexible, pero efectiva, del nacionalismo, dieron la marca de máxima, de mayor intransigencia, de los elementos antiestatistas, antiburocráticos, antifiscalistas, antisindicales, antindustrialistas y antiproteccionistas, que aquella portaba. Pero este repertorio de "antis" es la faz polemística de su real filiación. Política y culturalmente fueron "liberales" en el sentido clásico, elitista, que el término cobró en la Europa del XIX. Filosófica, y religiosamente pensaron como positivistas, racionalistas y agnósticos (sólo Carlos A. Berro fue la excepción de una regla que mismo Herrera confirma) pero tácticamente "respetuosos" —una caracterización que desde ellos ha tenido larga vigencia— de toda manifestación religiosa, en contraste del militante anticatolicismo batllista. Económica y socialmente se filian sin equívocos como burgueses conservadores y agraristas. Proclives a un modelo institucional parlamentario, aguzaron su destreza en la toma de decisiones en cónclaves estrictos y en el compromiso al nivel de "las altas esferas". De formación, gustos y fidelidades europeas, hicieron de Ingla-



La muerte de Saravia, en 1904, dejó un vacío de liderazgo que dos décadas más tarde Herrera llenaría.



Carlos Roxlo (1861-1926), el poeta de "Andresillo", el tribuno romántico, el compañero inicial de proyectos y rebeldías (dibujo de Centurión).

terra —con cuyos negocios muchos estuvieron entrelazados— un dechado de perfección histórica, fuerte afinidad que en concurrencia con su tradición liberal, los inmunizó a toda simpatía explícitamente fascista y aún permitió a los de más larga vida, presente ya la II Guerra Mundial, predicar solventemente como "antitotalitarios". También su anglofilia, por lo menos hasta 1940, los apartó de todo incondicionalismo pro-norteamericano. Tras esa fecha, y en lo que toca a los sobrevivientes, más que difícil sería afirmar lo mismo.

Desde 1910, más o menos, se hace posible inferir que la dinámica interna del partido nacional estaba predestinada a generarse del choque entre la acción de este grupo y el temperamento político y estilo operativo de Herrera. Entre 1918 y 1930 se dibujaron nítidamente dos bandos que, al modo personalista habitual entre nosotros, se denominaron "herreristas" y "lussichistas". Los primeros, cancelando la antigua distinción de "radicales" y "conservadores", hablaron de "conservadores" y "demócratas", reclamándose, naturalmente, de la segunda denominación. Herrera no escatimó los motes que denunciaran en sus rivales lo que él juzgaba su suficiencia libresca, su rigidez sectaria, su irrealismo, su falta de pasión tradicional. *Ex-constitucionalistas, áulicos consejeros, señores sabios, aristócratas, ideólogos, profesores en vacaciones* son sólo ejemplos de un vasto repertorio. La división franca, en 1931, entre "herreristas" e "independientes" enriqueció esta lista con otra de mucho mayor virulencia.

La veta populista

Pero "doctores" y "caudillo" (incipiente al principio de la etapa) no lo eran todo. Estaban y estuvieron también los "populismos", las aperturas hacia la clase media y obrera. Ambas, aunque a no muy alta presión, reclamaban: políticamente, mayor participación; económicamente, una porción más grande del ingreso nacional. Las heterogéneas bases sociales de los dos partidos tradicionales, lo indeciso, lo genérico de sus proclamas de doctrina, de sus "programas" y "plataformas", lo sumario de su organización, lo blando de su disciplina permitieron siempre que bajo el color se encubriera cualquier mercancía. Por otra parte, aún suponiendo que tras 1903 se hayan ido polarizando las posturas hacia un partido radicalizado por el batllismo, industrialista y obrerista, y un Partido Nacional marcado por el sello de los "doctores", conservador, agrarista, librecambista, siempre debe tenerse un factor en cuenta. Este factor está representado —tanto en lo "blanco" como en lo "colorado"— por las restricciones —aún los vetos— que la índole tradicional y emocional de la fidelidad a las divisas imponía a una fluida redistribución de

afinidades ideológicas y sociales. Súmese a esto todavía las dudas sobre la "autenticidad" de aquellas peculiarizaciones y la estimulante incitación que significaba para un grupo ideológicamente disidente de la mayoría la posibilidad de ganar una masa partidaria con la que se mantenían vínculos extrarracionales de poderoso efecto. La situación facilitó todos estos comportamientos, pues para las fuerzas mayoritarias de cada partido una actitud tolerante fue dura exigencia impuesta por las perspectivas de victoria o de derrota cuando la puja electoral, tras 1920, se hizo estrechísima.

Tal ley, es claro, admite excepciones. La decisión última dependió siempre, como es previsible, de una porción de factores. El estatuto legal, las normas aplicables representan uno muy importante. Los que votaron en 1925, por ejemplo, como "radicales blancos", diez años más tarde no hubieran podido hacerlo. Otras variables fueron siempre el grado de transigencia o pasión con que un acuerdo se negociara, el premio implícito en alcanzarlo, los riesgos a correr, el costo a pagar. Trabajosos fueron en el coloradismo mayoritario, batllista, los convenios con su escisión de derecha, el "riverismo", y con los varios sectores personalistas ("vierismo", "sosismo"). Casi siempre se alcanzó alguna solución. Menores —salvo el caso que se mencionará enseguida —fueron las fricciones en el Partido Nacional hasta 1930. Y ello se explica bien si se compara la infinitamente más escasa entidad de sus "populismos" (la línea dominante era conservadora) con la poderosa base económica y tradicional de la escisión "riverista" o con el peso de los séquitos presidenciales —de Brum, de Viera— en el Partido Colorado. Agréguese todavía —y es reflexión general— la mayor aptitud que un partido de oposición tenía de "agregar", de compaginar teórica, programáticamente, reclamos de diversa índole y que muy difícilmente llegarían a estar en posición de conflicto efectivo. Pero hay más: la misma modestia de los reclamos populares —por más que los conservadores los vieran apocalípticamente— hacía bastante fácil enjugarlos o mostrar que se intentaba hacerlo. Intocadas las estructuras sociales del campo, pasivos sus grupos más desfavorecidos, la zona más explosiva quedaba al margen y cualquier incursión del poder público podía ser denunciada como demagogia electorera, mientras ciertos arbitrios de moralización, de beneficencia, como los que se propugnaron tras la famosa "encuesta rural" de 1920 eran capaces de mostrar que también el capital estanciero tenía un corazón, que no era insensible a los males de su entorno.

Toda la historia de las primicias obreristas de Roxlo y Herrera, en 1905, la personalidad montevideana de Luis E. Andreoli, la carrera política de Otamendi, la formación, culminación y crisis de la lista 51 de Daniel Fernández Crespo podrían moverse dentro de este cuadro de referencias que vale apenas por el esbozo de una estructura política muy compleja y de estudio nunca desbrozado. Cabría, sí, hacer desde ya un distingo. Algunos de estos "populismos" respondieron a la extensión de la red partidaria en la capital y a su consolidación. La necesidad de movilizar políticamente a los sectores de la pequeña burguesía de origen y tradición criolla; la de hacer lo propio con los crecientes núcleos obreros que el éxodo rural desplazó a nuestros suburbios promovió un tipo de política de servicios, de sello "particularista". Capitalizó sólidos caudales electorales la diligencia que se mostrara en la gestión de jubilaciones y en la distribución de los empleos de nivel medio e inferior, cuando la conquista de posiciones en los entes autónomos, en los municipios, más tarde en el gobierno central, fue haciendo esto posible. Algunas corrientes y figuras populares del partido blanco crecieron y se prestigiaron en el cumplimiento de esta función que tuvo su apogeo en la muy bien aceitada máquina del fernandezcrespismo.



Una época, una clase, un modo de vida: Herrera visita a su madre tras retirarse del local del Consejo Nacional de Administración: a ambos lados de Da. Manuela Quevedo, su esposa Margarita Uriarte y su hija María Hortensia.

Disidencia y unidad

Distinta es la trayectoria de los populismos o radicalismos doctrinarios. En la de la "Democracia Social", de Carlos Quijano, ya incide la variable de la división irremisible del nacionalismo tras 1931. La del "Radicalismo Blanco" de Lorenzo Carnelli, (1887-1960), en cambio, es examinable contra el fondo menos equívoco de un partido blanco relativamente compacto. Organizado como grupo en 1918, el proceso que llevó en 1921 a su expulsión de la colectividad nacionalista, su poder de resistencia y la conservación de un caudal electoral que hizo al Partido Nacional perder en 1926 la elección de Presidente de la República parece un episodio de intransigencia suicida que sólo tiene remota semejanza con algún acontecimiento posterior. Pues en el desglose del Movimiento Popular Nacionalista, en 1954, el premio de cualquier acuerdo (la mayoría del Consejo) era casi imprevisible.

Mal entendido y poco historiado, el conflicto blanquicarnellista, por poco que se hurgue en él pero, eso sí, con criterio actual y objetivo, permite fijar el margen de heterogeneidad ideológica en los grandes partidos que hacia esos tiempos parecía aceptable y el margen que ya no lo parecía. Abreviando nuestra argumentación diremos: muchas variantes ideológicas habían convivido y convivían más o menos pacíficamente dentro de las dos grandes entidades pero ellas siempre suponían cada "tradición partidaria" identificada con cierta línea política y doctrinal. Poco importa que ésta —blanca o colorada— fuera vaga o explícita, (casi siempre era vaga) que quedase en poco más que reivindicar ciertos valores o ideales como el de la Libertad, o el Progreso, o el Orden, o la Independencia Nacional. Lo invariable es que cada particularización ideológica se reclamase implícita o explícitamente de esa línea; que —en el segundo caso— defendiese su categoría de "modernización", de "explicitación" de ella. La novedad —aún la peligrosa novelería— del radicalismo de Carnelli fue la de rechazar, de desdeñar esta fácil conexión. Y por ello puede reconocerse que el esquema de su alegato: confinar la tradición a un mero coligante simbólico y sentimental, proclamar la irremediable heterogeneidad ideológica de los bandos tradicionales y del nacional en particular, importaba, entre otras cosas, constitucionalizar, dar por definitivo su reptante, visible, aún creciente amorfismo ideológico-social. Prohijar un estatuto partidario que hacía de cada colectividad tradicional una especie de navío con su tripulación en permanente motín (y en derecho de estarlo) marca seguramente un paso más allá del límite de variedad interna que un partido, entonces o ahora, puede aceptar sin perspectivas de suicidio inmediato o demorado.

El demasiado explícito planteo de Carnelli dejaba también sin contestar qué fuerza podía tener (él afirmó que absoluta) aquel vínculo emocional de la "divisa" como garantía de la unidad de los partidos. Sobre todo cuando se cruzara con el otro coligante —ideológico, horizontal— que entre grupos afines de los dos bandos tradicionales pudiera establecerse. La breve vida del blanquismo radical dejó esta cuestión sin inmediata respuesta. Pero el problema volvió a plantearse en los sucesos que siguieron al golpe de Estado de 1933 y es visible que en él se centra el proceso de desdibujamiento efectivo de nuestros "dos grandes partidos históricos".



"La Quinta", Meca de un culto cívico. Corte y epicentro durante dos decenios de un complicado juego de favores y desgracias.



El sesudo financista, el ex constitucionalista, el profesor, el enemigo en las filas: Martín C. Martínez (1859-1946).



Estación Francia, 1925. En la marcha ascendente del partido, dos generaciones y dos estilos todavía se entienden: Herrera con Eduardo Rodríguez Larreta, Leonel Aguirre, Ismael Cortinas y otros correligionarios.

La clave del caudillo

Durante un período que cubre cuarenta años y la vigencia de cuatro constituciones (ni una menos), las de 1917, 1934, 1942 y 1951, la vida política y partidaria del nacionalismo se polarizó en torno a la adhesión (llevada en algunos hasta el fanatismo) o al rechazo (llevado en algunos hasta la abominación) de la personalidad de Luis Alberto de Herrera.

Extraña y, sobre todo, compleja figura, la de este "Jefe Civil" del Partido Nacional, término con que, desde el cisma de 1931 y en deliberado paralelo con la función militar de Saravia, sus secuaces se habituaron a designarle.

Quien busque la clave esclarecedora de Herrera al nivel de los comportamientos visibles se llevará un buen chasco. Quien trate de apresar su "faculté maîtresse", como se decía en el vocabulario crítico del siglo XIX, esa imperativa ley que preside la transparencia cristalina de ciertos seres humanos deberá recordar, parafraseando a Levy-Strauss, que la estructura "es lo que se oculta". Porque ante la mirada histórica, cuya misión no es hurgar en almas sino esclarecer y sistematizar comportamientos registrados, Herrera aparece tejido por una urdimbre de contradicciones verdaderamente desorientadoras. A una primera indagación su línea política, sobre todo después de 1930, es un verdadero espiral o el curso caprichoso de quien se mueve por corazonadas, cálculos ligeros, recelos, crisis de apertura y crisis de endurecimiento, urgencia de triunfos fáciles que lograba a costa de sus más próximos y concesiones inverosímiles para quienes poco tiempo antes había considerado sus auténticos adversarios.

En un punto tal de deliberada equidad, que hace difícil presagiar en aquella obra al dinámico partidario que tras ella maduraría, desde "La Tierra Charrúa" prohijó una concepción de nuestro pasado en la que blancos y colorados representaron fuerzas casi igualmente positivas, honorables, bien inspiradas. Pero el hombre que tuvo acentos de comprensión y encomio para casi todas las figuras capitales del partido histórico rival, mostró habitualmente una dura faz para los discrepantes de su propio bando. Apóstol de la amplitud y la tolerancia contra toda forma de exclusivismo, defensor explícito de la variedad ideológica dentro de su partido y de la absoluta libertad de conducta de sus representantes fue, sin embargo, un pozo inagotable de epítetos aplicables a los que a tales garantías se amparaban. Ya se recordó los que le merecieron los "doctores" antes de 1930. También se adelantó la índole de los que dirigió a los "independientes" separados tras su derrota electoral de 1930 frente a Gabriel Terra. Sobrevivió bastantes años el de *avestruces*. Pero eran más urticantes otros: *chinchulineros, separatistas, autobuseros, petroleros, catalanes, polillas, ramiriztas* (cada uno exigiría una glosa).

Largos períodos de su vida política —su último cuatrienio en el Consejo Nacional de Gobierno (1955-1959) fue tal vez el más caracterizado— lo muestran en posición de tajante intransigencia; inesperadamente ellos eran cortados por los variados "pactos" o "coincidencias" que encontró o negoció con Gabriel Terra (1933 y el "senado de 15 y 15"), con Berreta y Luis Batlle (1947-1948 y el "4 y 3"), con Andrés Martínez Trueba, César Batlle Pacheco y Eduardo Blanco Acevedo (la constitución de 1951 y su famoso "3 y 2"). Si se consideran estas maniobras desde la perspectiva que a un removedor de olfato popular no podía serle ajena (esto es, el tránsito de la "mística" a "política" como vínculo constitutivo de los grandes partidos, el ascendente proceso de "clientelización" que tantos factores estaban promoviendo y a los que el nacionalismo, ciertamente, no escapaba) los acuerdos antes recordados pueden verse dictados por la necesidad improrrogable de asegurarse una sustancial porción del presupuesto público por parte de cualquier bando político que, en tal clima, quisiera sobrevivir. Si se les mira, inversamente, como pasos de una marcha hacia el poder que, hasta 1926, parecía incontenible, el juicio ha de ser distinto. Bajo tal luz Herrera —no se interprete peyorativamente la comparación— parece un gran jugador de área chica, un general montonero que, en puridad, con formidables fuerzas comparativamente hablando, no alcanza jamás una victoria decisiva o no sabe extraerle el fruto a las muy considerables que logra.

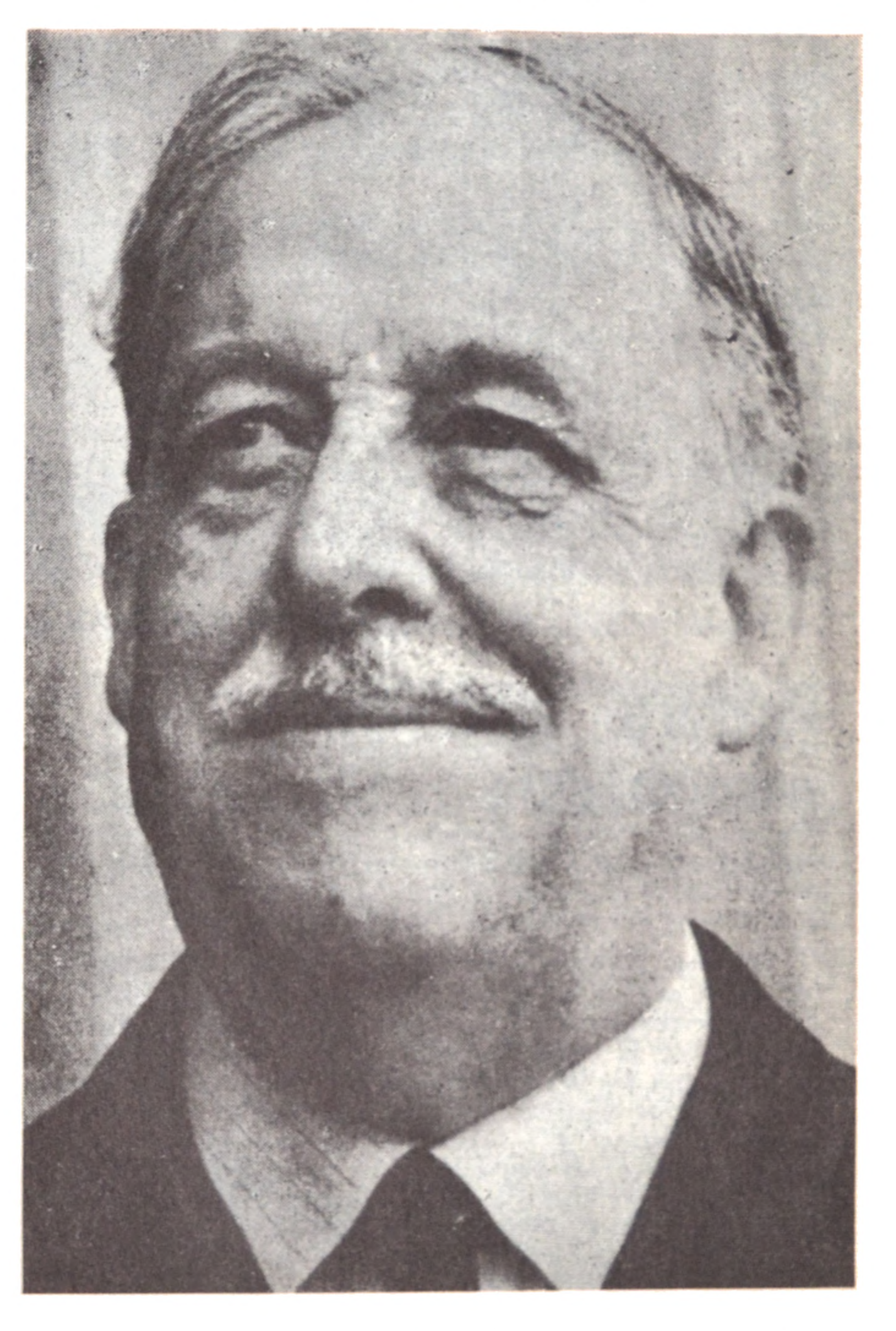
En realidad, si la trayectoria de Herrera que sigue al detalle, es imposible sustraerse a la impresión que estas ondulosas líneas de buena parte de su vida, estos quiebres que

las cortan, expresan en buena parte una profunda vivencia de lo político como actividad "lujosa", deportiva, nutrida en la propia recompensa de su gozoso ejercicio ("lúdica", sería la estricta categoría cultural). Las aristocracias sociales —y el patriciado en el que Herrera nació es, de alguna manera una aristocracia republicana, sin corte y sin rey— suele poseer este sentido despegado, "virtuoso", del juego político. Si ciertas exteriorizaciones son pistas (y lo son) de la actitud, no deja de llamar la atención la carga con que ciertas palabras llegaban a la boca o a la pluma de Herrera. *Delicioso, lindo* (su singular *¡qué lindo es ser blanco!*) transmiten bien este costado —no más ciertamente— casi estético, hedónico, de la militancia que llenó su vida.

Fue por ello uno de los pocos políticos "divertidos" que el país tuvo. La antisolemnidad de Herrera y su fresco humor componen un haz de sus rasgos más fascinantes, sobre todo si se les inscribe en el paisaje de la solemnidad acartonada de los próceres de su juventud o en el de la sórdida, cautelosa mediocridad de muchos de aquéllos con que tuvo que convivir en su madurez. Ambos trazos son perfectamente coherentes con aquel tipo de implantación humana y política a que se hacía referencia. Sociológicamente considerada, esa implantación caracteriza a las clases dirigentes tradicionales en situaciones en que no tienen que enfrentar asedio frontal, seria contestación a su poder. Empero, la clase a que Herrera pertenecía en el Uruguay en que vivió, no estuvo nunca en posición tan holgada ni, mucho menos (pero esto es secundario) el bando político en que militó. La afirmación comporta, por tanto, la idea de que hubo en nuestro personaje —tanto en éstas como en otras peculiaridades— un margen de personal espontaneidad, de "invención de carácter" que ninguna generalización puede cancelar.

Humor y antisolemnidad integran, con otros elementos, el compuesto de la poderosa capacidad atractiva y movilizadora de su persona. Perfilan con ellos lo que en término, impreciso pero aceptado, se designa como el "carismas" de un conductor patricio abierto a la emoción y a la suscitación popular, con su algo de "catilinario", como Batlle también lo tuvo de diverso modo, esa capacidad representó el arma de su primacía sobre figuras tan sólidas y considerables como las que componían el sector doctoral de su partido. Ese arrastre caudillesco, ese glamoroso atractivo tenía, como es común, ingredientes muy difíciles de abstraer, de fijar fuera de su activo ejercicio. Pero no puede dejarse de observar algunos: la actividad constante; la capacidad de llegar hasta los rincones más marginados del país; la habilidad para imponer una honda persuación de confianza en el fallo popular; la permanente mostración de desinterés por cargos y sinecuras (un comportamiento que, milagrosamente, no detonó con su persistente condición de candidato). También se recuerdan sus dotes para la comunicación: la eficacia igualadora del gesto campechano, la prodigiosa memoria de antecedentes personales y familiares, la oratoria informal y directa que, con los años fue llegando, por informal a lo casi amorfo, por directa a lo confidencial. Pero siempre campeando en ella la singular destreza para el vocablo feliz, para el uso del modismo cuyo exacto significado es un gozoso secreto compartido entre el orador y su auditorio.

Las técnicas del caudillaje, con todo lo que de espontáneo puedan tener, implican tanto un abrir las puertas del corazón como un cerrarlas. Se ha hablado también de la frialdad de Herrera, de su gusto por el juego de los favores y las desgracias en el séquito de incondicionales que todo jefe político arrastra, de su capacidad de olvido afectivo, de su falta de respeto por la dignidad de muchos hombres que le siguieron en distintos períodos de su carrera. El tema no es agradable, pero toca también la zona más honda, más permanente de las prácticas de la política y el poder, de la "conciencia desgraciada", hablando en términos existenciales, que política y poder, ejercidos por todo lo alto, imponen. Tienen mucho que ver, en Herrera o en cualquier otra figura análoga, con la conciencia de una misión que planea por encima de inclinaciones o rechazos personales y emplea a los seres humanos en cuanto y en tanto sean útiles a esos fines. Tienen que ver (además), con la afirmación de la primacía del conductor, en partidos u otros grupos humanos que poseen en él, el único coligante sólido, lo que supone la demostración correlativa de que nadie más que aquél es siempre necesario y menos insustituible. No carecen tampoco de relación ¿por qué no? con cierta acedía, cierto desprecio íntimo y creciente, que el espectáculo de los apetitos humanos va sedimentando en el corazón de los que están en condición de ser asediados por ellos. Y aún podría seguirse. No sin observar que en el caso de Herrera algunas figuras —viejos amigos de juventud, competencias indiscutidas de su partido— estuvieron al margen de estas usuras y estos vaivenes.



1942: "el que nunca engañó al pueblo" en el momento más difícil de su lucha por la soberanía.



En Estación Montes y en 1921, junto a un Eduardo Víctor Haedo veinteañero: una escala en una incansable faena de movilización.

Herrera: variación y permanencia

El sesgo inventivo de la política de Herrera, las ondulaciones de su línea táctica resultaron, sin duda, lo que más y mejor percibieron sus contemporáneos. Justificaron las varias escisiones que su fuerza política sufrió y que no fueron seguidas siempre por el fracaso. (Sobre esto vale la pena apuntar, a título de digresión, que si en una sociedad en trance de "modernización" el "carismas", el liderazgo de raíz personal puede muy bien desenvolverse, ese prestigio no es nunca lo suficientemente fuerte, lo bastante "sagrado" como para que la revuelta contra él conlleve sanción automática. En el Uruguay, si el caso de Herrera lo verifica, el de Batlle también lo hace). Volviendo al punto de la variabilidad, no fue común, en cambio, advertir que bajo este nivel la acción de más de medio siglo del líder nacionalista corrió sostenida por un pensamiento político, social y cultural coherente y, sobre todo, más coherente de lo que aquel otro nivel permitiría presumir. Dijimos "sostenida". Podríamos decir ahondada o dotada de horizontes, de cuadros de referencia más comprensivos que los de la mera lucha cotidiana por el mando o la influencia. Difícil sería, en vez, decir "justificada" o "cohonestada". Suficiente reivindicación, creemos, representa afirmar que Herrera fue uno de los caudillos políticos rioplatenses de doctrina más orgánica, más sustantiva entre los de su época: el aserto no se puede extender hasta la afirmación de que sea medianamente visible, ninguna relación significativa entre el plano de ese pensamiento y sus comportamientos políticos concretos. Aunque hay que decir que la "praxis" es un maridaje muy excepcional, que lo común es que teoría y práctica no se esclarezcan estricta, menudamente, una a la otra, que haya un margen de latitud entre ambas.

Con todo, se juzgaría mal esta inconexión si no se tiene en cuenta la índole peculiar de la posición doctrinal de Herrera dentro del contexto histórico-social en que le tocó actuar. Quien atiende al contenido ideológico que ciertos pasajes de sus libros, ciertos discursos vierten, no puede dejar de percibir la condición de latencias, la ambigua condición de ingredientes a medias "arcaicos" y a medias "futuristas" que los más importantes poseen. Que sus contemporáneos,



1924: en cada "pago" del país una pirámide de influyentes y el jefe nacional tejiendo la paciente tela de una victoria.

adversarios en primera línea, pero aún muchos partidarios hayan creído más en la primera caracterización es hoy circunstancia secundaria y muy explicable; es explicable también pero no secundario, que esos ingredientes no estuvieran habitualmente en el caso de "jugar", de ser procesados por el trámite político corriente sino, a lo más, a hacer su aparición en calidad de humoradas, de meras excentricidades.

Pero lo anterior sitúa, no aclara. Permite en cambio penetrar algo más en tan singular condición como lo es la del pensamiento de Herrera, recordar que las actitudes ideológicas de "resistencia" en los países marginales de Occidente durante la etapa liberal-burguesa siempre poseyeron este rasgo de entidad ambigua, semi-fetal, a medias reaccionarias, a medias revolucionarias; en parte pre-modernas, en parte post-modernas, de algún modo liberadas de la ajenidad ideológica que las entorna, de algún otro tomando de las versiones de esa ajenidad, muchos términos y muchos argumentos.

Marcada una línea doctrinal dominante del nacionalismo en cuestiones políticas, económicas, sociales y culturales es indudable, (miradas las posturas a distancia) que Herrera se ajusta a ella y que muy poco es lo que lo distingue del sector más doctoral y solemne del partido blanco. En la afirmación de la "sociedad" frente al Estado, en la promoción de los postulados del individualismo económico liberal y de la libre iniciativa, en el agrarismo y el librecambismo, en su indiferencia y aún hostilidad por el proceso industrializador, en el antiburocratismo, en la resistencia a todo acrecimiento impositivo, en el énfasis en los criterios de eficacia administrativa y sobriedad oficial, en la denuncia de toda tentativa de "partidarización" y "politización" abierta o solapada, en la lucha por la neutralidad ideológica y política del Estado, en el encomio de la "amplitud", la "tolerancia" y lo "nacional" como criterios supremos del comportamiento político, en la persistente abogacía de los intereses económicos y sociales de la agropecuaria, en el subrayado del valor del trabajo, en la vigilancia de las múltiples formas de corrupción política y administrativa, en la importancia decisiva concedida a las cuestiones de libertad y autenticidad electoral, en mil puntos más en fin, Herrera presenta pocos trazos de diferencia con la postura doctrinaria general de su partido previa, correlativa o posterior al período de las escisiones.

Pasando ahora a las ideas que le fueron más peculiares, debe marcarse ante todo la excepcional precocidad de esas ideas básicas, la desusada firmeza de ciertas creencias en este caudillo imprevisible. Antes de sus veinte años, un discurso de 1892 sobre los Treinta y Tres Orientales, contiene, si se le lee con atención, todas las nociones fundamentales que alentó en los dos tercios de siglo que seguirían.

Liberal y tradicionalista

Fijado lo anterior, precisa de modo suficiente la peculiar condición de Herrera observar que, formado en un ambiente ideológico de fortísima impregnación liberal, su pensamiento no escapó a estos influjos —en buena parte de sus ideas y hasta el fin de su vida él fue un liberal más— pero también que algunas de sus ideas básicas, de esas intuiciones y opciones radicales que vertebran toda una actitud doctrinal son por entero ajenas a ese liberalismo.

Arturo Enrique Sampay, un eminente jurista argentino, ha filiado las ideas de Herrera en la filosofía política tradicional, nutrida en un línea que va desde Aristóteles hasta los doctrinarios de la Contrarrevolución, con el nombre intermedio y decisivo de Maquiavelo. Digamos que, sin perjuicio de aceptar una afinidad global con esa trayectoria, son más ostensibles en Herrera los vínculos de filiación con una corriente tan definidamente "moderna" como la que constituyen las diversas formas de "energetismo" y "vitalismo" difundidas a fines de su juventud y principios de su madurez. Y vale la pena señalar que tal filiación la compartió con dos compañeros de generación tan significativos como Pedro Figari y Carlos Reyles, sin óbice, claro está, de muchas entonaciones diferentes. Con visibles raíces en el organicismo y el irracionalismo románticos, reformulados por muchas versiones del pensamiento científico de esas décadas, enriquecido por múltiples aportes filosóficos (el de Nietzsche entre otros), todas esas vertientes confluyeron durante dos décadas sobre el pensamiento francés y adquirieron una explosiva fuerza crítica de las certidumbres capitales en que descansaba el pensamiento liberal-burgués del siglo XIX. El Renán de los "Diálogos filosóficos", Taine y la corriente histórica antirrevolucionaria, el Bourget de las "novelas de tesis" (el reaccionario que tanto interesaba a Lenin) Brunetiere, Lemaître y Faguet (al margen de su crítica literaria), sobre todo Barrès pero también Bergson y la simplificación antintelectualista de su filosofía, componen un lote de prestigios bien definido, un "aire de época" penetrante que tuvo solventes divulgadores latinoamericanos: Francisco García Calderón fue tal vez el más importante. Si se atiende a la altura histórica de los años formativos de Herrera, a su origen social, a la índole de sus intereses, a sus estadas en Europa, a nuestra dependencia general del pensamiento francés, muy difícil hubiera sido que tal lote pudiera ser soslayado por él. Y en verdad presidió el proceso de su vertebración intelectual aunque no todos sus integrantes hayan sido "fuente" directa de su pensamiento.

Las ideas últimas de Herrera se hallan siempre muy explícitas en sus textos, ya sea porque se vierten en obsesivas reiteraciones terminológicas —del tipo de la *raza*, la *estirpe*, lo *viril*— ya sea porque recurre a imágenes variadas, pero cuyo común denominador es fácilmente inteligible. La concepción de los grupos humanos —y las "naciones" en primerísima posición— como entidades cuya existencia y crecimiento sólo admite para explicarse símiles de índole biológica o vegetal; fundidas por coligantes orgánico-vitales, culturales y emotivos, dotadas de una continuidad, de una persistencia en el tiempo que las fortalece y las depura, representa una tesis implícita o explícita en todo nacionalismo moderno. Es excepcional, sin embargo, la fuerza estructurante que ella tiene en las ideas y hasta en las posiciones políticas más cotidianas de Herrera. Explica también, por ejemplo, el uso y el abuso, para nosotros tan equívoco, del término "raza" que en aquella concepción se basaba y común era, dicho sea de paso, en su tiempo. Pero esa fuerza explana, sobre todo, por qué vías Herrera eludió el imperio de valores que representó la concurrencia del individualismo, el racionalismo y el hedonismo burgués sobre los cultos de su tiempo. Eludir el imperio, no es el rechazo frontal, claro está, y en muchos asuntos Herrera era un exponente más del profundo consenso del Uruguay de sus años. En la cuestión religiosa, por caso, tan trascendental en otras naciones latinoamericanas, su educación, protestante, los arbitrios que aceptaba (divorcio, separación de la Iglesia y el Estado) no lo alejaban mucho de su gran rival, Batlle y Ordóñez, como no fuera en el énfasis asertivo —dogmático en uno, tolerante en el otro— y en la importancia —capital para Batlle, secundaria para Herrera— con que la afrontaban. Inversamente, la concepción, en él indesarraigable, de que el hombre se nutre de los zumos de su entorno físico y humano y debe ser, hasta el fin, fiel a ese entorno, de que de tal firme afinidad debe partir para ascender y ahondarse, elevando, mejorando al mismo tiempo a su medio; esta imagen de la implantación proviene de aquella gran intuición original. Esto es útil apuntarlo, pues las consecuencias que ella tuvo en materia de enseñanza le llevaron a enfrentar, de manera que hoy nos resulta reaccionaria, determinados proyectos educacionales (liceos departamentales, gratuidad de las matrículas de la enseñanza superior) que conllevaban la promoción de determinadas formas de movilidad física y social. Con el texto del debate parlamentario a la vista, está bien claro que Herrera no expresó nunca la inconveniencia de que *el hijo del lustrabotas* fuera *doctor* o *bachiller*. (Se refería a la eventualidad poco verosímil de que el doctor o el bachiller, a fuerza de abundancia, tuvieran que oficiar de lustrabotas...). Pero de la discusión parlamentaria que dio pie a que se le endilgara la frase, se deduce, en verdad claramente, su hostilidad a una educación capaz de provocar una "revolución de las aspiraciones", un desfasaje socialmente perturbador entre el hombre y su ambiente. Mas en general, todas sus posiciones en este orden se originan en un ideal educativo que buscaba "fijar" al educado en su contorno físico y social. Era una especie de relación dialéctica entre desafío y respuesta en la que el medio reclamaba promoción y el inserto en él tenía que afanarse por lograrla como vía de mejorar su propia condición. Ello le parecía el arbitrio más eficaz para elevar el ámbito rural, tan predilecto de él y de su partido, y vale la pena recordar que una inteligencia tan diferente a la suya, como la de Eduardo Acevedo profesó ideas no muy distantes de las ahora apuntadas.

Con ser importantes las anteriores consecuencias de aquella filiación creemos, con todo, que ellas lo son menos que las que a esta altura es ya ineludible mencionar. Falso es, claro está, concebirlas a modo de corolarios, de piezas de una construcción silogística: experiencias personales decisivas, gustos, tendencias e inclinaciones que obran debajo de toda opción racional operan aquí, y la argumentación intelectual puede, cierto, cohonestarlas pero no, por sí sola, suscitarlas.



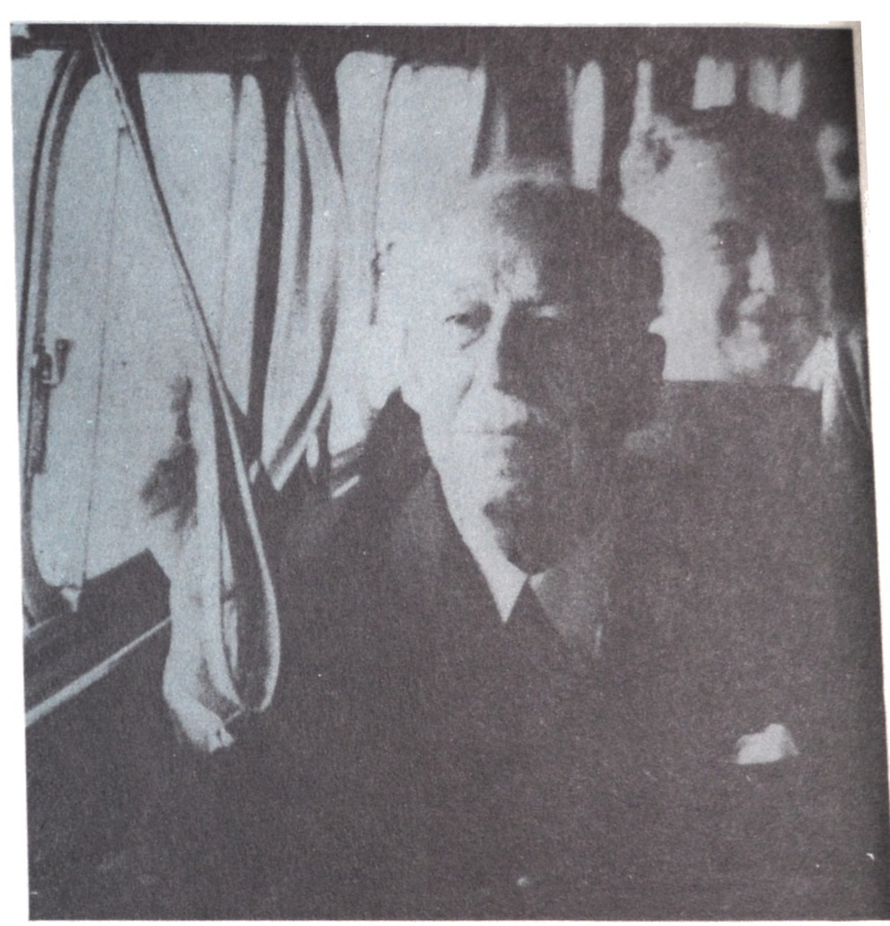
Los ocios del patricio: entrenándose para mandar el bochín donde se debe

La descreencia en los sistemas

La primera de ellas es la que cabe rotular como su descreencia (o escepticismo) en las ideologías, su desconfianza de todo sistema intelectual o doctrinario rígido, compulsivo, demasiado coherente. En esta desconfianza, en este creer cualquier tipo de armazón de ideas un mero artificio justificativo y una maniobra de encubrimiento, de disimulo, Herrera se acercó al sentido peyorativo que de las ideologías tuvieron tanto el pensamiento original de Marx como el de Nietzsche. Con todo, era demasiado antiideológico para hacer una teoría con su repulsa y en este punto su actitud predilecta fue adoptar conductas en las que destacó explícitamente su motivación "realista" y "práctica", prohijarlas en las que lo seguían y criticar y aún (como ya se decía) satirizar el teoricismo, la rigidez doctrinal y el dogmatismo de sus adversarios. El que cale debajo de estas fórmulas encontrará un informulado esbozo de una "ética del tiempo y la situación", una clara veta de relativismo y un pragmatismo que Herrera bien pudo hacerle congenial su primera formación protestante. Esta primacía que en su pensamiento tenían las exigencias de la realidad empírica sobre cualquier esquema le llevó a un evidente desdén de todo textualismo legal (aunque no dejara de usar, claro está, los textos cuando le servían), de toda abstracción más o menos pretenciosa, de todo "progreso manuscrito". En un tiempo histórico y en una sociedad en las que casi todas las ideologías eran —lo siguen siendo— factor alienante, venta de solidaridades irreales, arma del enemigo o, por lo menos, mercancía equívoca, tal comportamiento —como lo veremos en ciertos rubros decisivos— poseyó una positividad indudable. También, hay que decirlo, maleó muchas veces su juicio, pues no siempre es seguro el punto en que termina esa tónica cautela y en donde comienza la llana negación de la acción de los ideales en la conducta del hombre, la de los valores como meta de su esfuerzo, la de las "representaciones" como dato psicológico inexcusable, la de los ingredientes "universales" que las ideologías aún del modo más pervertido, arrastran. En Herrera, que si se movió siempre más que desembarazadamente, lo hizo con un copioso bagaje doctrinal, tales extremos no son habituales. Vale la pena, sin embargo, subrayar que ellos pueden estar implícitos en actitudes de similar raíz.

Su ductilidad, sus variaciones tácticas, su capacidad de olvido, incluso, tienen mucho que ver con esto. La flexibilidad del político es un rasgo tradicional de la profesión, pero en pocos de ellos como en quien fue capaz de palabras de elogio a negadores de la memoria de los suyos, en quien prohijó y abominó por dos veces del sistema gubernativo colegiado, en quien apoyó proyectos para dejarlos caer después abruptamente (lo hizo con el del servicio militar obligatorio), en pocos, repetimos, estas posiciones se incluían en un contexto de creencias tan ricamente nutrido, tan persistente.

Herrera, antimoderno



Herrera y Haedo: los nuevos medios de transporte al servicio de unas energías que la edad apenas menguaba.

Tanto en el debate político-doctrinal como en su extensa labor historiográfica, Herrera abogó por ciertas entidades, niveles y modalidades: lo criollo, el campo, lo federal, lo "bárbaro", el gaucho, la montonera, "lo americano". Dejando de lado lo que de atractivo estético pudiera haber en esta defensa (ese atractivo ha llegado a hombres de cultura de orientación muy diversa a la suya), es imposible no ver hoy, desde la perspectiva en que estamos, que Herrera articuló su alegato sobre los valores que —ya les llamemos "premodernos" o "tradicionales"— más extraños resultan al orbe cultural de la modernidad. En todas las culturas existen encomios de los valores de la emoción y el instinto frente a un intelectualismo supuestamente yerto. O de lo telúrico y lo local, frente a lo universal. O de lo "vital" y lo "viril", frente al "refinamiento", al "artificio". O de lo "comunitario" frente a lo individual. O de lo simple, frente a lo complejo. O de la espontaneidad humana frente a la operación de la máquina. Lo que vale también decir: de lo rural, frente a lo urbano. De lo "autóctono", frente a lo "importado". De lo primitivo frente a lo evolucionado. De lo "orgánico" frente a lo "mecánico". Si, en tanto tales, valen por abstracciones, ellas no nos dicen por sí demasiado. Mucho más significan cuando se despliegan, ilustradas, "encarnadas", por una corriente de pensamiento muy rica, con líneas que van desde Tolstoy y los eslavistas rusos del XIX hasta Fanon; desde "Les deracinés" de Barrés hasta Spengler y Keyserling; desde Aldous Huxley a los "hippies"; desde Vasconcelos a Gilberto Freyre y Rodolfo Kusch. En el interior del lote, aclaremos, operan inmensas divergencias.

No es ni mucho menos copiosa la versión rioplatense de esta orientación: el sesgo "modernizador" de la "intelligentsia" argentino-uruguaya tiene pocas excepciones realmente significativas. Una de ellas, aunque en modo alguno globalmente "antimoderna", es la de Herrera.

Lejos de toda teorización compleja, su aporte se concreta en el subrayado de determinadas actitudes, preferencias, posturas que su experiencia individualizó en el mundo histórico y humano que tan bien conocía. El valor —por ejemplo— de la relación irrompible, personalizada, de lealtad, de amistad, de fidelidad entre un hombre y su prójimo, fundamento, entre otras cosas, de la constelación político-social del caudillaje. O la capacidad de identificación con los ritmos y armonías naturales, que en el ser humano, rioplatense, americano, yacía. O la rica potencialidad, la in - genuidad que en el silencio y en la aparente cortedad, en la inarticulación de éste, late. O la admirable sobriedad, el desdén por las superfluidades materiales, la simplicidad que (hasta donde no haya sido alcanzado por la irrupción de la sociedad industrial por los "efectos de demostración", por los mecanismos reivindicativos) lo caracterizan.

Entendidas como pautas de acción social o como valores últimos de la existencia, es obvio que todo lo anterior contradice frontalmente las metas ampliamente asentidas de modernización y crecimiento que las colectividades menos desarrolladas del mundo presente se fijan. Es obvio, también, que, entendidas de modo global, importan sino una regresión "oscurantista" (un mote demasiado fácil con gusto a siglo XVIII), evidentes formas ideológicas conservadoras de congelación de estructuras; aún de regresión reaccionaria a otras anteriores. El origen y afinidades sociales de muchos de sus expositores son casi siempre reveladoras.

Mucho menos seguro, en cambio, es que no representen categorías hermenéuticas bastante idóneas para comprender, para penetrar simpáticamente, ciertas realidades socio-culturales de nuestro pasado y aún de nuestro presente. También para juzgar la obra —ayer y hoy— de una "civilización" (o un "desarrollo", ahora) que sólo se concibió frente a ellas en violento y forzado dualismo; que pretendió irrumpir sin ritmos de aclimatación ni compromisos, que creyó a pies juntillas, con sesuda, frontal pedantería, en la absoluta, indisputable superioridad de todos sus valores. La oratoria oficial uruguaya de las primeras décadas del siglo abunda en testimonios, a veces grotescos, de todo este tejido de presunciones. Herrera se divertía en provocarlas.

Menos seguro también —aunque el tema daría para mucho— es que aquellos principios y valores en tren de cancelación en su calidad de "pre-modernos" no puedan parecerse extrañamente a algunos "post-modernos" que el ciclo universal de las revoluciones del mundo marginal está, si bien incipientemente, alumbrando. Además, viendo esos comportamientos, esas opciones bajo la luz de "persistencias" y "resistencias", a través de las cuales los grandes pueblos sumergidos atenuaron el impacto de la nivelación imperialista, el signo histórico de ellos cambia drásticamente.

Todas estas ulterioridades se sitúan muy lejos de las claves básicas cuyo sentido se está indagando. El trasfondo cultural de un "nacionalismo agrario", su aura más prestigiosa, está sin embargo en ellas y conviene no olvidarlo. Privado de ellas, el movimiento se desnuda; en puridad: se angosta hasta la frenética y desnuda reivindicación económica de un "ruralismo" patronal como el que tan bien —en años recientes— los uruguayos tuvieron ocasión de conocer.

Herrera y lo popular

Parece fuera de duda, vistas las cosas desde la perspectiva del presente, que la emergencia de Herrera sobre sus compañeros de bando y generación, que el halo de equivocidad y, al mismo tiempo, de atractivo que rodea su recuerdo, se juega en tres características básicas. Tres características que abren, por así decirlo, un contorno político-doctrinal que, como ya se recordaba, incorpora tantos y tan sustanciales elementos de una ideología de época, de clase y de partido.

Ellas son su "populismo", su "nacionalismo" y su "antimperialismo", un trío tan lleno de matices, de tornasoles que bien vale un breve examen de él.

Sobre la veta populista de Herrera corresponde anotar brevemente que ésta comportaba, en buena parte, la clásica relación paternalista, afable, personalizada con los socialmente situados más abajo que desde los niveles del señorío es mucho más factible de alcanzar que desde los de una burguesía nueva, más inhibida por sí, más recelosa de su propio sitio. Esa relación, como es obvio, no cancela en ningún sentido la sólida creencia en una sociedad firmemente estratificada y en unos sectores populares puestos en su lugar. La sencillez aristocrática de las maneras puede ser vista como la "fermosa cobertura" de un sistema social de tal naturaleza; imposible es verla como una fuerza llamada a romperlo. Todo esto, sin duda nativo en Herrera, espontáneo en él, fue sometido a una suerte de regularización táctica en los largos años de ejercicio de la actividad política.

Ya se hizo referencia a la pugna de casi un cuarto de siglo que enfrentó a Herrera con "los doctores" de su bando. Se apuntó también que uno de los temas capitales de ese conflicto consistió en el propósito herrerista de alumbrar algo así como un "partido de masas", de multitudes incesantemente agitadas y movilizadas que reemplazara la vieja estructura que se dualizaba en una masa pasiva y un Directorio que era reflejo de una constelación de camarillas. Parece fuera de duda que en Herrera esta opción era muy coherente con la conciencia de la superioridad que poseía sobre sus rivales para el trato llano con el hombre común, para la comunicación inmediata y a múltiples niveles.

Estrictamente hablando, todo esto no registra en esta figura, que también supo ser esa entidad anfibia que es un "gauchi-doctor", más que un cierto "populismo de reflejo". Un populismo, agreguemos, que supo escapar a las abominables imitaciones demagógicas que antes y después han podido conocerse.

En general, así, puede decirse que Herrera nunca salió de su sitio, de su clase. Sin embargo, debe agregarse que una intensa vivencia "nacional" cuando es auténtica, como en Herrera ocurría, es tan necesariamente "inclusiva" que, de algún modo, los sectores más distantes del propio nivel en la escala social no son vistos como distintos, como ajenos. Sobre todo en ese período de su vejez en que aparece como ser más imprevisible, más despojado, más libre de la ambición de investiduras, hay ciertos pasajes de la oratoria de Herrera en los que, aún descontando una inevitable cuota de persuación retórica, asoma con excepcional fuerza de sinceridad algo así como una entrega total, una especie de reingreso místico en el lote común, indiscriminado, inmemorial de las gentes. *En lo individual, que es nada, hemos vivido medio siglo, y más, confundidos con la multitud, nunca abandonada, porque en su matriz nos hicimos (...) Hemos sido, con deleite, unidad en esa masa anónima, que es como ondulación de mar. Jamás la abandonamos.* Esto en 1945. En 1905, ante una agresiva intervención de Manini Ríos, acusándole de haber sido llevado a la Cámara por *las turbas*, se enorgullecía de ello. Ese mismo año, Herrera presentó con Roxlo un paquete de seis proyectos legislativos sobre legislación laboral, contrato de trabajo y puntos conexos. Cronológicamente anteriores a las realizaciones de Batlle, su sentido y su importancia se convirtieron, entonces y ahora, en tema polémico. Puede asentirse a los argumentos de los que les quitan trascendencia, que no eran un prodigio de novedad, que no abrieron el camino a una acción persistente, honda, que no conllevaban el compromiso total de su partido y, ni siquiera de sus autores. Sin embargo, aún restando en ellos lo que pudiera estar dictado por una sensibilidad temprana para un sector social en crecimiento y que el partido rival coparía en buena parte, no se haya subrayado bastante el hecho excepcional de que en un partido conservador latinoamericano —como en tan gran dosis el Partido Nacional lo era— en ese inicio del siglo se alumbrase iniciativa de tal naturaleza. Una mirada histórica comparativa con el resto del continente disipa en esto toda duda.



Herrera avanza y Echegoyen vigila: asesores, sí, pero en el lugar correspondiente.

Razones de un antimperialismo

También ha estado sometida a muchos equívocos la postura antimperialista de Herrera, las actitudes que adoptó ante la política estadounidense en América Latina, en especial a partir de la II Guerra Mundial.

Dígase para comenzar que, de acuerdo a la ley común de su persistencia básica, todas sus posturas de los últimos veinte años estaban articuladas en sus libros de principios de siglo: "Desde Washington", de 1903, "El Uruguay Internacional", de 1912, ya tomaron forma definitiva en su conducta durante el conflicto de 1914-1918. Y si se asume el esfuerzo de esbozarlas, debe partirse de un hecho excepcionalmente claro. Ese hecho es la admiración (devoción incluso) que los logros de la experiencia histórica de los Estados Unidos siempre le despertaron. En este punto no sólo sus ideas nada cambiaron, sino hay que decir que todas sus inclinaciones doctrinales más auténticas, más hondas —su realismo, su practicismo, su dinamismo— no le llevaban únicamente al encomio global sino, incluso, a proponer a las sociedades latinoamericanas el ejemplo del éxito estadounidense.

Desde tal valoración, Herrera juzgó siempre la expansión imperialista de un pueblo de esa índole como el desborde incoercible, el derrame de determinada plenitud vital, de fuerza juvenil e impetuosa. La idea, o mejor dicho: la imagen, no le es propia, y ocupa un lugar entre las teorías del imperialismo, (y no ciertamente en el lote de las críticas). Todo era, como es obvio, muy congenial con su vitalismo y su energetismo filosóficos. No es tan obvio, en cambio, que Herrera haya sido perceptivo sólo a sus aspectos políticos y militares, que haya atendido escasamente a los tan sustanciales, tan intrincados con él, de índole económica. Se comprende en cambio su soslayo de la modalidad cultural que el imperialismo asumía en su época: la alarma ante la "nordomanía", tan peculiar al arielismo de Rodó estaba en las antípodas de sus posturas posibles.

A esta altura de tan apretado resumen corresponden dos precisiones. La primera es que, como lo prueba de modo tan exuberante su apología de "La Misión Ponsonby", en 1930, la acción imperial de Gran Bretaña, tanto en sus aspectos políticos como en los económicos, quedaba fuera de toda crítica o reserva. Toda su filosofía del destino uruguayo —como factor personal— toda la filosofía política, económica y social de su clase y sector, así lo decidían. La segunda precisión no puede darse por sobreentendida hoy, aunque no ocurre lo mismo en Latinoamérica para principios del siglo, incluso en algunos radicales. Y es que las posturas antimperialistas de su época, enfrenten a quien enfrenten, importan una pugna entre "naciones", no una divergencia total entre regímenes sociales. Cualquier alternativa a esta identidad parece, por lo menos en Herrera, lejana y no tiene sentido pensar en cuál hubiera sido su actitud si hubiera oteado el futuro de modo diferente.

Más allá de estos límites, fueron dos las decisivas inflexiones doctrinales que hicieron, de Herrera, pese a todas las restas, un antimperialista. Vale la pena marcarlas pues, entre la mucha obra muerta que su política y sus ideas arrastraron, ello es lo que vitaliza su significación, lo que le integra a esa auténtica religión civil de la cultura latinoamericana que el antimperialismo representa, a esa fértil negatividad que alumbra, dialécticamente, todas las positividades.



Herrera en su famosa "cupé" Ford: un conductor de maniobras imprevisibles, sin choferes ni guardaespaldas.

La primera es la ya aludida desconfianza en "las ideologías". Y esto es así puesto que uno de los corolarios posibles de esa desconfianza (al menos consistió para él) es la negación de todas las "solidaridades" que la identidad ideológica, real o ficticia preceptúa.

Si se atiende el papel de señuelo que la insistencia en estas solidaridades de orden doctrinario (bajo sus variados y conocidos rótulos) ha cumplido, es fácil de advertir la función antimperialista de esta pieza del pensamiento de Herrera y las razones de su resistencia al proceso de coordinación y sujeción panamericana que aceleró la II Guerra Mundial, la polarización política que le siguió y la ola revolucionaria del Tercer Mundo. Se filian limpiamente en este rechazo, todos los episodios conocidos de esa resistencia, desde su rechazo de la adhesión uruguaya al Pacto Kellog, de 1927, a su campaña contra la instalación de bases aeronavales estadounidenses en nuestro territorio, entre 1941 y 1944, su denuncia de las "listas negras", en 1945, sus gestiones contra la aprobación del Acta de Chapultepec, en 1947, o su tenaz acción de retaguardia contra la ratificación del Convenio de Ayuda Militar con los Estados Unidos, en 1952 y 1953 y contra todos los compromisos de él emergentes. También se relacionan con él, de modo que parece claro, las simpatías que Herrera mostró en las décadas del treinta y del cuarenta por un par de dictadores totalitarios europeos que tan lejanos se hallaban de él en su estilo político, su generosidad social y su peculiar

enclave humano y tradicional. Tuvieron mucho de gestos provocativos de disidencia ante la fácil proclividad al embanderamiento y la dualización ideológicas, ante esa tendencia al "maniqueísmo internacional" que ha sido un reiterado trazo de la opinión pública del país. No cabe duda que contribuyeron durante mucho tiempo a confundir el sentido de su posición y sus verdaderas metas. Pero esas simpatías muestran también la real limitación de Herrera para advertir que si todas las ideologías son armas de justificación y encubrimiento, algunas justifican, algunas encubren peores extremos de maldad, injusticia y regresividad social que otras. También registran —¿porqué no decirlo?— la invencible limitación de su localismo, su defecto de percepción de la existencia de solidaridades supranacionales, universales, que se originan en la condición común de los pueblos y en participados problemas y desafíos. No tiene tal vez otro sentido su tan vituperada expresión de diciembre de 1941: *Allá ellos, los amarillos y los rubios del norte.* No se recordó entonces ni después que veinticinco años antes había acuñado el prototipo: *Allá los europeos con sus formidables usinas* (...); *aquí, en apretado haz, los hijos del nuevo mundo*...

Perfil de un nacionalismo

Todo lo anterior quedaría penosamente incompleto si no se trae a colación un último elemento. Este elemento es el que sólo aproximadamente puede denominarse su "nacionalismo" y que cabría llamar también su soberanismo". Es la creencia, de fuerza religiosa, en la existencia plena y autónoma de esas peculiares colectividades que son las "naciones", en el derecho de ellas a su libre vida y desarrollo histórico sin interferencias externas, regimentaciones ni coordinaciones de clase alguna. El principio de la no intervención, que durante un largo interregno de oscurecimiento público, de tilinguería, de entreguismo oficial, él contribuyó a salvar en su condición de dogma, es, meramente, el corolario operativo de una convicción mucho más rica, más rotunda.

El nacionalismo y el soberanismo de Herrera tienen demasiadas articulaciones para que ellas puedan ser examinadas aquí. Muchas de ellas pertenecen a la tradición del nacionalismo clásico, europeo; otras le son comunes con los neo-nacionalismos del Tercer Mundo. La necesidad de la confianza en las propias posibilidades, la devoción a "lo nuestro", la celosa actitud de defensa del patrimonio territorial, el interés por los aspectos militares de esa defensa, la vigilancia frente a todo intento de tutela, a todo gesto de protección vecino o lejano, la preocupación por el destino colectivo, la concepción de la nación como cosa a hacer, proyecto, realidad "in fieri": todos estos elementos concurren a dibujarlo. Coherente con él es también el rechazo de modelos y figurines a proponer al país; libros suyos hay, sin embargo, como "Sin Nombre", que persisten en proponer a pueblos como los nuestros el patrón de la madurez, de la presunta cordura europea. Pero si existe un ingrediente que defina el nacionalismo de Herrera éste es el de la afirmación, empecinada, casi maníaca, del criterio de las propias conveniencias, del específico "interés nacional" como regla de oro de toda política exterior. Un interés no confundible, no sustituible por ninguna solidaridad, ideológica o de cualquier orden, con los intereses o conveniencias de ningún otro país, de ningún conglomerado de Estados o de la propia comunidad internacional. Como la del "interés" no era para él una pauta de juicio vacía hay que precisar que Herrera la identificó siempre con el derecho del país a vivir una existencia espontánea autónoma, sin interferencias, a ser señor de sí mismo. Que tal "país" comportaba una estructura social determinada, ciertas relaciones internas de dominio resulta obvio. Y natural también que desde su perspectiva doctrinaria diese por implícita tal identificación. Menos coherente aparece en este punto su apoyo a la acción de la empresa extranjera en el Uruguay y su singular miopía para advertir que una colectividad mediatizada económicamente a centros de decisión y distribución de provechos situados fuera de su área es (por mucho que lo disimulen las apariencias) cualquier cosa, menos dueña de su destino. La hostilidad de Herrera entre 1927 y 1932 a los esfuerzos por la nacionalización del petróleo, el alcohol y el portland ilustra esta incongruencia. Y sólo puede ser atenuante parcial de ella, no tanto tener en cuenta que cualquier nacionalización —en régimen de cerrado exclusivismo— implicaba sustanciales ventajas electorales y materiales para el partido gobernante, como observar desde qué tipo de experiencia Herrera tal vez actuó. Por un lado la experiencia, comparativamente benigna, de la acción económica extranjera en el país (la excepción, que representaron los frigoríficos extranjeros hasta 1928, le mereció, como a todos los sectores dirigentes rurales, juicios muy adversos). Por otra parte, bien pudo actuar sobre él la imagen de ese tipo tradicional de inversión foránea que implicó la estancia, la propiedad ganadera, con incorporación definitiva de empresarios y capitales a nuestro suelo y destino. Pero el petróleo era otro cantar (otro sucio cantar). Y aquí podría anotarse que así como Batlle —según lo apuntó alguna vez el autor de este planteo— vio "empresas", como armas de sujeción económica a combatir, pero no "potencias" (su ideología le impartía un amplio margen de confianza en "las naciones rectoras") su rival actuó desde una concepción simétricamente contraria. Que haya tenido en cuenta "países" —la Francia interventora de la Guerra Grande, los Estados Unidos del siglo XX— y no "empresas" —para las que un pequeño país es siempre un mero sumando en un total operativo mundial— es una singular, grave ausencia en la doctrina de un verdadero nacionalista.

Más firme, más enteriza, fue su defensa de la conducta pacífica del Uruguay, su resistencia a que participase en cualquier tipo de misión, cruzada o intervención, de índole americana o no, de móvil ideológico o no. Ya se ha hecho referencia a las raíces y los límites de este comportamiento, de este macizo localismo. Vale la pena subrayar que fue tras 1939, sobre todo tras 1945, que la posición se hizo más enfática. La persistente política estadounidense de embanderar e incluir el bloque latinoamericano en su puja por la hegemonía universal, encontraron siempre en él la misma negativa y las mismas razones para esa negativa. Estas se vieron ahondadas en esta etapa por su invocación a la causa de la paz de nuestros pueblos, por el cuidado de preservarlos de toda participación en la guerra —así fuera simbólica, homeopática— que la regimentación norteamericana les propusiese y consiguiera imponerles.

Resulta oportuno decir que una de las reglas del propio "interés nacional" de este nacionalismo que se situó en las antípodas de cualquier expansionismo (para nosotros grotesco) era la de mantener buenas y cordiales relaciones con todos los gobiernos del mundo y en especial con los americanos, incluidos, en primerísimo término, los Estados Unidos. Cada uno señor en su casa, ninguno de la del prójimo y todos en santa paz puede importar bien la fórmula del ideal que preconizaba.

Nacionalismo agrario



Hacia 1950: Herrera y Arturo Jauretche, dos nacionalistas rioplatenses y un vínculo tan importante como ambiguo.

"Nacionalismo agrario" denominó el plan de esta colección a la entrega que ahora redactamos y las razones de acierto del título son muchas.

Agrario es atributo verdadero de localización y caracterización de la organización partidaria nacionalista durante toda su historia. Pero ese carácter se subraya cuando el proceso de urbanización del país fue ahondando, por contraste, la índole específica del ámbito rural y acentuando la discontinuidad entre éste y el ciudadano. Todo ello, por lo menos, en un período que corre entre el principio del siglo y la "urbanización" del campo, que las dos últimas décadas han visto acentuarse de modo incontenible. La expresión política del medio rural fue variable dependiente de estos cambios. Pero para ello debió hacerse presente otro proceso: el del ensanchamiento de la participación política, el de cierta posibilidad de autenticidad representativa. Este dio a los núcleos partidarios del interior algún margen de espontaneidad, determinadas posibilidades de decidir, de manifestarse por sí mismos.

Dentro de esta corriente general el nacionalismo merece bien la calificación que examinamos:

1º En el sentido que tuvo y tiene sus bases partidarias más firmes, más estables en el interior de la República —zonas rurales, pueblos, también ciudades— en grado que varía pero ha sido siempre considerable. De hecho, las diferencias porcentuales de su participación en el voto total, marcaron para el nacionalismo desniveles de un 10 % a un 15 % entre el ámbito del interior y el montevideano. Vale la pena advertir que esta fuerza no ha resultado estrictamente correlativa a la índole ganadera (extensiva) del medio. Y así puede recordarse a este respecto, que el departamento de Artigas, tal vez el más latifundista del país, fue el único que resistió la oleada anti-oficialista del 30 de julio de 1916 y la única victoria colorada de noviembre de 1958. Inversamente, como lo mostraron estas elecciones —las de la "revancha histórica"—, el sustento nacionalista —ya sea por sí mismo, ya a través de su alianza con el gremialismo "ruralista"— ha revelado su solidez en los departamentos agrícolas del sur (chacra, granja, lechería), de Canelones, San José y Colonia.

2º En el sentido de que, coherente con esta situación de hecho, buena porción del esfuerzo organizativo y movilizador del nacionalismo se concentró en las áreas rurales y núcleos urbanos del interior y a su población se dirigió en permanente posición de confianza y encomio.

3º En el sentido, que se apuntó ya en el examen de la figura y el pensamiento de Herrera, de que, acorde a todo lo anterior, el partido —aunque esto sin perjuicio de sus vetas ostensibles de modernidad— no rechazó nunca identificar su tradición y su perfil político con los valores de tipo "tradicional". Es decir: con aquellos que han resistido mejor desde el medio paisano los continuos, ininterrumpidos embates de la modernización y la europeización.

4º En el sentido de que ha preconizado a lo largo de toda su historia un prospecto económico-social del país basado en la producción primaria y en el respeto de sus estructuras agro-ganaderas tradicionales. Aquí se toca, como es obvio, el punto más candente del debate político e interpretativo sobre el "conservadorismo" nacionalista y el "progresismo" batllista. Por una parte es claro que el nacionalismo, a todo lo largo del siglo, consustanció su línea social, táctica e ideológica con los intereses del sistema estanciero. Desde su resistencia a la política fiscal y salarial de Batlle en las décadas del 10 y el 20 hasta la reforma cambiaria del 50 y el último decenio) esa orientación no registra casi excepción de importancia. A mero título de ejemplo, uno de sus núcleos temáticos más significativos lo representa su apoyo a los reclamos de la Federación Rural, desde su fundación en 1916, su resistencia a la política de precios de los frigoríficos extranjeros, su aliento a la instauración del Nacional, su frontal rechazo del decreto de reorganización de plantas y redistribución productiva con atisbos de monopolio del poder de compra, en este presente 1969.

Generalmente la insistencia en la importancia de la producción básica, la protesta contra las constricciones impositivas a que ha estado sometida, la denuncia de la "artificialidad" de otras actividades, y de "la bomba de succión" urbana, no asumió la consistencia de un "prospecto", de una concepción totalizadora del crecimiento económico y social del país. Sólo hasta lo que hemos llamado en otra oportunidad el "ideal neozelandés" del país el vacío no ha sido colmado. Aunque es claro que la oferta de una densificación y modernización sustanciales del sector productivo primario parece convocada por la percepción de la inviabilidad del "statu quo" económico social, por la existencia de presiones y tensiones que ya no son cancelables.



Como el término "agrario" y "agrarismo" connota, a escala mundial, un dinamismo revolucionario, a todo este aspecto del nacionalismo le cabe más justamente el calificativo de "ruralista". Importa reiterar que en él, la corriente de presión económica que éste implica se entrelazó con otros elementos: políticos, históricos, ideológicos, "ideales" capaces de distinguirlo muy claramente de un mero "ruralismo" gremial. Como éste, el nacionalismo ha sido pasible de unificar los "intereses del campo" con los intereses de la estructura estanciera, una confusión que no es difícil de marcar, un "velo ideológico" que puede muy bien levantarse. Y si no es aventurado opinar que el batllismo identificó en su hostilidad (bastante innocua) por el latifundio al ámbito rural entero y a sus hombres, es inevitable subrayar que aquí se suma un nuevo paralelismo antitético a los varios que entre nacionalismo y batllismo se han señalado.

Lo anterior no significa, ni mucho menos, que el nacionalismo no haya integrado otros intereses que los agrarios a la suma de respaldos económicos y sociales que lo apoyaron. El crecimiento de sus bases urbanas y, sobre todo, suburbanas le llevó a "agregar", a través de sus agrupaciones populistas, grandes núcleos burocráticos y obreros. El progresivo entrelazamiento entre el capital empresario bancario y el rural, el subsecuente (y ahora casi perfecto) entre fortuna agraria y empresa urbana, rompe el esquematismo, que no sólo hoy, sino ayer, resultaría falsísimo, de un partido totalmente especializado en la defensa de los intereses dominantes en el campo.

Equívocos de una doctrina

Aunque a algunos parezca extraño, el otro término de la denominación: "nacionalismo" y su coexistencia con el atributo "agrario" también reclama precisiones.

Pues hay que decir, comenzando, que, a la luz de una jurisprudencia universal y que aquí se confirma, un "nacionalismo agrario" importa una entidad básicamente contradictoria. Históricamente, las peculiaridades de un ámbito rural alumbran una "comarca", un "país", a lo sumo un "regionalismo". En cambio, como lo prueban los múltiples estudios sobre su historia (los de Hans Kohn, y Carlton Hayes, los de Karl Deutsch y Raoul Girardet especialmente) es producto del pensamiento urbano, "ente de razón", hechura de intelectuales, toda postura "proyectista", defensiva o misional, metódica que merezca el nombre de "nacionalismo", que invoque a una "nación" como sustento de ella. Y si se registran los orígenes, afinidades e intereses de los nombres mayores que en nuestro país prohijaron la consolidación de una sensibilidad y un ideario estrictamente nacionales ya sea éste de naturaleza histórico-política o económica el principio general se confirma. Pues ni Acevedo Díaz, ni Zorrilla de San Martín, ni Bauzá, ni Eduardo Acevedo muestran vínculos de verdadera consideración con el área rural; sólo Herrera, en el que se aunaron la tradición política y el recuerdo de los bienes familiares perdidos con las nuevas relaciones emanadas de su matrimonio, representa una excepción a la norma.

Por otra parte, ha sido común tergiversar, interpretándolo en otro contexto, lo que el "nacionalismo" blanco originariamente significó. Cuando, en 1872, el viejo partido "blanco" de aún no apagados reflejos federales y oribistas fue remodelado bajo los influjos del liberalismo doctrinal del de Vedia, el término "nacional", que desde entonces lo distinguió oficialmente quería significar más que nada una cosa. Esto es: el rechazo de todas las formas de tratamiento exclusivista, persecutorio, "partidario" en suma, que corridos (en 1872) siete años de su victoria militar e internacional, y aún por medio siglo largo, el Partido Colorado, con persistencia, con método, le estaba aplicando. Asumir el papel de portavoz de toda la colectividad uruguaya, invocar sus reclamos, sobre todo a nivel político, se convirtió, inversamente, en la conducta inveterada del nacionalismo. Fue el más prestigioso señuelo de sus postulados coparticipacionistas cuando estuvo a la vista la posibilidad de hacerse un sitio en el sistema político uruguayo y aún ganar sus puestos de mando. Desde 1872 en adelante, entre esta acepción originaria del nuevo distintivo partidario y el sentido que el "nacionalismo" asumirá desde el fin del siglo XIX como corriente ideológica universal, se ha suscitado una larga serie de malos entendidos, una cadena de confusiones de la que han sido víctimas propios y extraños.

Si esto es así, más equívoco, inseguro resulta todavía, en el dinamismo de la afirmatividad, la meta de tal "nacionalismo". Heredero de los reflejos artiguistas y federales de la Patria Vieja, rico de sus experiencias comunes con los otros pueblos del Plata en la lucha de trece años contra la agresión franco-inglesa (1838-1851), de la de siete años contra la conspiración de Buenos Aires y el Brasil (1863-1870), el nacionalismo no borró nunca del todo de su memoria histórica aquel indiscriminado orgullo del ser "americano" que habló siempre por las palabras de Artigas, aquella oscura conciencia de pertenecer a un lote de pueblos sujetos de un mismo destino, víctimas de unas mismas adversidades, rondados por las mismas codicias. En el sector sin duda más fiel —el herrerista— a todas las inflexiones tradicionales anteriores a 1872, algunos comportamientos típicos, la simpatía por el radicalismo e Irigoyen, por ejemplo, el interés aprobatorio (y solitario) por el proceso peronista (1945-1955) lo testimonian con absoluta claridad. Empero, el herrerismo y, en especial, Herrera (tal mal entendido en esto por los historiadores nacionalistas argentinos que han valorado, en cambio, adecuadamente la precedente dirección), aparecen a lo largo de toda su trayectoria apegados de modo inflexible a la "patria chica", al "localismo fiero" de 1912, al Uruguay que resultó de la Convención Preliminar de Paz de 1828 y de la insidiosa acción británica que la promovió. "El Uruguay Internacional" y "La misión Ponsonby" dos libros fundamentales del líder civil señalan —en caso tal vez no absolutamente excepcional— qué ambiguedades puede importar la afirmación nacionalista. Sobre todo si no es relativamente unívoco, como lo es en Europa, el contorno de la entidad "nación" que la promueve, si no fue incontrastable, poderoso el proceso de afirmación popular que lleve a ella, si no son nítidos los contrastes con las sociedades vecinas, si no es suficiente el ámbito interno para un desarrollo autosostenido, si no son borrosas las memorias de alternativas comunes, de agravios inferidos a todos, de intrigas o violencias que los han mantenido separados.

Editores Reunidos agradece al Sr. Eduardo Víctor Haedo algunas de las fotos que ilustran este número, las cuales pertenecen a su próximo libro, Herrera, caudillo oriental, *que editará Arca.*

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

En el próximo número, N.º 51, se inicia el último tomo de la "Historia Ilustrada de la Civilización uruguaya" que incluirá diez Enciclopedias con sus correspondientes Cuadernos Literarios.

A partir del crecimiento de la gran ciudad montevideana y el arraigo de los sindicatos, hasta el Mensaje de los Jóvenes y el Legado espiritual, esta última serie con la cual coronamos nuestra tarea de dos años, estará destinada a mostrar el proceso civilizador del Uruguay en las dos últimas décadas, ofreciendo un panorama de nuestro estado presente y de nuestras perspectivas de futuro.

Los cincuenta números publicados han elaborado la progresiva historia de una sociedad a lo largo de doscientos años. Los diez números próximos mostrarán su rostro actual.





Ya están en venta las tapas de los tomos 1, 2, 3 y 4 para que Ud. mismo encuaderne su colección de Enciclopedia Uruguaya. Solicítelas a su proveedor habitual.

1 enciclopedia + 1 cuaderno $ 120.—



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis C. Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del papel). Setiembre de 1969.